

Por qué Dios está ganando

[Timothy Samuel Shah](#)

Se suponía que la religión iba a desaparecer a medida que se extendieran la globalización y la libertad. Pero en lugar de ello, está experimentando un fuerte auge en todo el mundo y con frecuencia determina los candidatos que ganan las elecciones. Y la religión no más que empezar. La democracia está dando voz a los Dios cada vez más.



Después de que Hamás obtuviera una decisiva victoria en las

elecciones palestinas de enero, uno de sus partidarios sustituyó la bandera nacional que ondeaba sobre el Parlamento por la enseña verde esmeralda de Hamás, que reza: "No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su Profeta". En Washington, pocos esperaban que este partido religioso accediera al poder en Palestina. "No conozco a nadie a quien esto no cogiera por sorpresa", dijo la secretaria de Estado de EE UU, Condoleezza Rice. Y vinieron más sorpresas. Días después de que se desplegara en Ramala la enseña de Mahoma, miles de musulmanes emprendieron una vigorosa, y a veces violenta, defensa del honor del profeta en ciudades tan lejanas entre sí como Beirut, Yakarta, Londres y Nueva Delhi. Escandalizados por las caricaturas de Mahoma publicadas originalmente en Dinamarca, grupos islámicos, gobiernos e individuos protagonizaron manifestaciones, boicots y ataques a embajadas

Estos acontecimientos por sí solos parecían ser repentinos accesos de *ira musulmana*. De hecho, eran tan sólo las muestras más recientes de una profunda corriente soterrada que lleva décadas adquiriendo fuerza y que se extiende más allá del mundo musulmán. La política global cada vez está más marcada por lo que podríamos llamar la *política profética*. Las voces que

aseguran poseer una autoridad trascendental están llenando los espacios públicos y están ganando enfrentamientos cruciales. Estos movimientos se presentan de formas diversas y emplean herramientas muy variadas. Pero tanto si el campo de batalla son las elecciones democráticas como si se trata de la más incipiente lucha por la opinión pública global, los grupos religiosos cada día son más competitivos. Una y otra vez, cuando la gente tiene la oportunidad de elegir entre lo sagrado y lo secular, prevalece la fe.

Dios está en racha. Esto se reflejó en la revolución iraní de 1979, en el ascenso de los talibanes en Afganistán, en el renacer chií y en las luchas religiosas en el Irak de la posguerra, y en la victoria de Hamás en Palestina. Pero no ha sido Alá el que ha lanzado todos los rayos. La lucha contra el *apartheid* en Suráfrica en los 80 y comienzos de los 90 se fortaleció gracias a prominentes líderes cristianos como el arzobispo Desmond Tutu. Los nacionalistas hindúes en India dejaron anonadada a la comunidad internacional cuando en 1998 expulsaron del poder al partido en el Gobierno y luego realizaron pruebas con armas nucleares. Los evangélicos de EE UU siguen sorprendiendo al *establishment* de la política exterior estadounidense con su activismo e influencia sobre asuntos como la libertad religiosa, el tráfico sexual, Sudán y el sida en África. Es más, los evangélicos han surgido como una fuerza tan poderosa que en las elecciones presidenciales de Estados Unidos de 2004 la religión fue un factor más fiable de predicción de voto que el sexo, la edad o la clase social.

La difusión de la democracia, lejos de poner bajo control el poder de los activistas religiosos, probablemente sólo incrementará el alcance de los movimientos políticos proféticos, muchos de los cuales emergerán de procesos electorales más organizados, más populares y más legítimos que antaño, pero es bastante posible que no menos violentos. La democracia está dando voz a los pueblos del mundo, y éstos quieren hablar de Dios.

INTERVENCIÓN DIVINA

No siempre pareció que fuera a ser así. En abril de 1966, una portada de la revista *Time* preguntaba "¿Dios ha muerto?". La interrogación tenía sentido. A mediados de los 60, el secularismo dominaba la política mundial. La visión compartida por muchas élites intelectuales y políticas era que la modernización acabaría inevitablemente con la vitalidad religiosa. Pero si 1966 fue el cénit de la autoconfianza del secularismo, el año siguiente marcó el comienzo del fin de su hegemonía global. En 1967, el líder secular del nacionalismo árabe, Gamal Abdel Nasser, sufrió una humillante derrota a manos del Ejército israelí. A finales de los 70, el ayatolá Jomeini en Irán, el presidente estadounidense Jimmy Carter —que confesaba "haber nacido de

nuevo"—, el evangélico televisivo Jerry Falwell, y el papa Juan Pablo II se paseaban por el escenario mundial. Una década después, los miembros de Solidaridad en Polonia blandiendo rosarios y los *muyahidines* en Afganistán portando Kaláshnikov ayudaron a derrotar al ateo comunismo soviético. Doce años después, 19 secuestradores aéreos gritando "Dios es grande" transformaron la política mundial. Hoy día, el panarabismo secular de Nasser ha dado paso al panislamismo milenarista del presidente iraní Mahmud Ahmadineyad, cuyas arengas religiosas contra Estados Unidos e Israel encuentran eco en millones de musulmanes, tanto entre suníes como chiíes. "Estamos viendo cómo cada día más, pueblos de todo el mundo se encaminan en masa hacia un punto: el Dios Todopoderoso", declaró Ahmadineyad en su reciente carta al presidente Bush.



El mundo actual ha demostrado ser un lugar acogedor para las creencias religiosas. Sin duda, el planeta es más moderno que antaño: disfruta de mayor libertad política, más democracia y más educación que quizás en ningún otro momento de la historia. Según Freedom House, el número de países "libres" y "parcialmente libres" aumentó desde 93 en 1975 a 147 en 2005. La Unesco estima que entre 1970 y 2000 la tasa de alfabetización de adultos se duplicó en el África subsahariana, los países árabes y Asia meridional y occidental. La cuota media de

habitantes en países en desarrollo que vivían con menos de un dólar al día cayó desde el 28% al 22% entre 1990 y 2002, según cálculos del Banco Mundial.

Si la población es más rica, está mejor educada y disfruta de una mayor libertad política, podría asumirse que también se habrían tornado más laicos. Pero no ha sido así. De hecho, el periodo en el que la modernización económica y política fue más intensa, es decir, en los últimos 30 o 40 años, ha sido testigo de un aumento de la fe en todo el mundo. Las mayores religiones se han expandido a un ritmo que supera el crecimiento de la población global. Considérense las dos fes cristianas, el catolicismo y el protestantismo, y las otras dos mayores religiones, el islam y el hinduismo. Según la Enciclopedia Cristiana Mundial, en 2000 aumentó la proporción de población que se adhirió a estos sistemas religiosos respecto al siglo pasado. A comienzos de 1900, apenas una mayoría de la población mundial —un 50% para ser precisos— eran católicos, protestantes, musulmanes o hindúes. A principios del siglo xxi, casi el 64% pertenecía a estos cuatro grupos religiosos, y la proporción podría estar próxima al 70% para 2025. La Encuesta Mundial de Valores, que cubre el 85% de la población global, confirma el creciente ímpetu de la religión. Según los estudiosos Ronald Inglehart y Pippa Norris, "el mundo en su conjunto tiene en la actualidad más gente que nunca con opiniones religiosas tradicionales, y estas personas constituyen una proporción creciente".

No sólo se está extendiendo la observancia religiosa, sino que los fieles se están volviendo más devotos. Los países más populosos y de crecimiento económico más rápido del mundo, incluyendo Estados Unidos, están siendo testigos de un notable incremento de la religiosidad. En Brasil, China, Nigeria, Rusia, Suráfrica y EE UU, el sentimiento religioso se hizo más vigoroso entre 1990 y 2001. Entre 1987 y 1997, estudios realizados por el Times Mirror Center y el Pew Research Center registraron incrementos del 10% o más en las proporciones de estadounidenses encuestados que "estaban muy de acuerdo" con que Dios existía, que tendrían que responder de sus pecados ante Él, que éste hace milagros, y que la oración era una parte importante de sus vidas diarias. Incluso en Europa, baluarte del secularismo, ha habido sorprendentes aumentos. El regreso de Dios se debe en no poca medida a la expansión global de la libertad. Gracias a la *tercera oleada* de democratización que se produjo entre mediados de los 70 y principios de los 90, así como otras más pequeñas de libertad que han tenido lugar desde entonces, en decenas de países se le ha dado oportunidad a la gente de dar forma a su vida pública de maneras que eran inconcebibles en los 50 y los 60. A medida que ejercían sus nuevas libertades políticas, surgió un patrón. País tras país, grupos con un poder político de nuevo cuño empezaron a desafiar las restricciones impuestas por la primera generación de líderes modernizadores de la posindependencia. A menudo, al igual que en los países comunistas, se habían impuesto corsés seculares mediante la pura coerción; en otros casos, como en la Turquía de Atatürk, la India de Nehru y el Egipto de Nasser, la laicidad retuvo

su legitimidad porque las élites lo consideraron esencial para la integración nacional y la modernización, y debido al fuerte carisma de los padres fundadores de estos Estados. En Latinoamérica, los dictadores de derechas, a veces en asociación con la Iglesia católica, impusieron restricciones que limitaron severamente influencias religiosas fundamentales, sobre todo de la *teología de la liberación* y de las sectas protestantes.



A medida que, a finales de los 90, se liberalizó la política en países como India, México, Nigeria, Turquía e Indonesia, la influencia de la religión en la vida política aumentó fuertemente. Incluso en Estados Unidos, los evangélicos ejercieron una creciente influencia sobre el Partido Republicano en los 80 y los 90, en parte porque el proceso de elección presidencial dependía más de las primarias populares y menos de las decisiones de los líderes de los partidos tradicionales. Donde los sistemas políticos reflejan los valores del pueblo, normalmente reflejan las fuertes creencias religiosas de éste.

Muchos observadores se apresuran a desdeñar el avance de la religión en la esfera política como el producto de élites que manipulan símbolos sagrados para movilizar a las masas. De hecho, el matrimonio entre fe y política con frecuencia es bien acogido, si no exigido, por gente

en todo el mundo. En un estudio de 2002 de Pew sobre Actitudes Globales, el 91% de los nigerianos y el 76% de los bangladesíes encuestados estuvieron de acuerdo con que los líderes religiosos debían involucrarse más en la política. Un estudio sobre seis Estados realizado en junio de 2004 puso de relieve que "la mayoría de los árabes consultados dijeron que querían que el clero jugara un papel más importante en la política". En el mismo documento, mayorías claras o relativas en Marruecos, Arabia Saudí, Jordania y Emiratos Árabes Unidos citaron el islam como su identidad primaria, por encima de la nacionalidad.

El colapso de la cuasisecular dictadura baazista en Irak despertó lealtades religiosas y étnicas y ha ayudado al islam a jugar un papel dominante en la vida política del Estado, incluyendo la constitución recientemente adoptada. A medida que los dictadores de izquierdas y derechas han disminuido en Latinoamérica y la democratización se ha enraizado, los evangélicos se han convertido en un influyente bloque a la hora de votar en numerosos países, incluyendo Brasil, Guatemala y Nicaragua.

LAS NUEVAS ORTODOXIAS

Lejos de erradicar la religión, la modernización ha creado una nueva generación de movimientos inteligentes y adeptos a la tecnología, incluyendo el protestantismo evangélico en Estados Unidos, la *hindutva* en India, el salafismo y el islamismo *wahabí* en Oriente Medio, el pentecostalismo en África y Latinoamérica, y el Opus Dei y el movimiento carismático en la Iglesia católica. La religiosidad más dinámica hoy día no es tanto una "religión de los tiempos antiguos" como radical, moderna y conservadora. El actual surgimiento de la fe es menos un regreso a la ortodoxia religiosa que una explosión de *neo-ortodoxias*.

Un denominador común de estas *neo-ortodoxias* es el despliegue de organizaciones sofisticadas y con capacidad política. Estos organismos modernos coordinan de forma efectiva instituciones especializadas así como las últimas tecnologías para reclutar a nuevos miembros, fortalecer las conexiones con los antiguos, prestar servicios sociales e impulsar sus intereses en la esfera pública. La Vishwa Hindu Parishad, fundada en 1964, preparó el terreno en gran parte de India a través de su activismo religioso y social y puso los cimientos para el éxito electoral del partido Bharatiya Janata en los 90. Grupos similares en el mundo islámico incluyen a los Hermanos Musulmanes en Egipto y Jordania, Hamás en los territorios palestinos, Hezbolá en Líbano y el Nahdlatul Ulama en Indonesia. En Brasil, los pentecostalistas han organizado su propia camarilla política, y son el 10% de los congresistas. Las comunidades religiosas también están desarrollando unas notables capacidades transnacionales, apelando a gobiernos extranjeros y a organismos internacionales que consideran simpatizantes de su causa.

En la actualidad, las *neo-ortodoxias* pueden emplear de forma efectiva las herramientas del

mundo moderno, pero ¿hasta qué punto son compatibles con la democracia actual? Después de todo, los radicales religiosos pueden causar un cortocircuito rápidamente en el sistema democrático obteniendo el poder y excluyendo después a los no creyentes. También es peligroso que la religión politizada pueda provocar un conflicto civil. Desde 2000, el 43% de las guerras civiles han sido religiosas (sólo un cuarto fueron inspiradas por la religión entre los 40 y los 50).

La ideología religiosa extremista es, por supuesto, una motivación de primer orden en la mayoría de los ataques terroristas transnacionales.

No obstante, el balance no es totalmente negativo. La religión ha movilizado a millones de personas para que se opusieran a regímenes autoritarios, para que inaugurasen transiciones democráticas, para que apoyaran los derechos humanos y para que aliviasen el sufrimiento de los hombres. En el siglo xx, los movimientos religiosos ayudaron a poner fin al Gobierno colonial y a acompañar la llegada de la democracia en Latinoamérica, Europa del Este, el África subsahariana y Asia. La Iglesia católica posterior al Concilio Vaticano II jugó un papel crucial oponiéndose a los regímenes autoritarios y legitimando las aspiraciones democráticas de las masas.

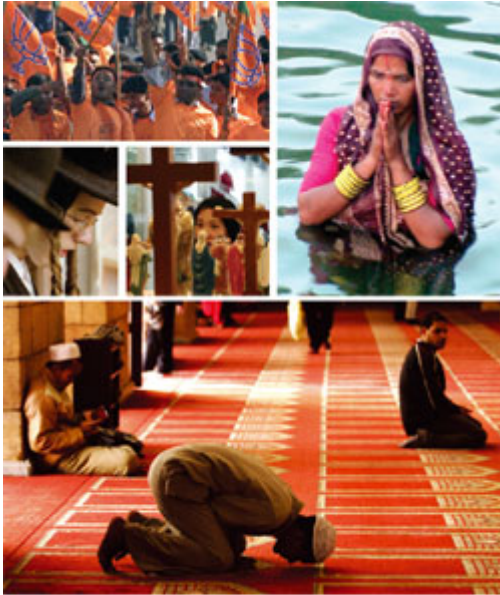
Los movimientos religiosos de hoy día, sin embargo, podrían no tener tanto éxito en la promoción de la libertad sostenible. El carácter altamente centralizado y organizado del catolicismo le convirtió en un eficaz competidor del Estado, y su tradición institucional le ayudó a adaptarse a la política democrática. En cambio, el islamismo y el pentecostalismo no están centralizados bajo un liderazgo o doctrina únicos que pueda responder de forma coherente a los acontecimientos sociales o políticos en proceso de rápido cambio. Las autoridades religiosas locales a menudo sufren la tentación de radicalizarse con el fin de compensar su debilidad frente al Estado o para desafiar a figuras más establecidas. La trayectoria del joven clérigo Múqtada al Sádher en el Irak de la postguerra no es inusual. La falta de una mayor autoridad para las élites religiosas podría explicar por qué la mayoría de las guerras civiles religiosas desde 1940 34 de 42— han involucrado al islam, siendo 9 de ellas de musulmanes contra musulmanes. No hace falta más que mirar al actual Irak para ver a las autoridades religiosas desafiando con éxito a las fuerzas del secularismo, pero también compitiendo violentamente entre sí. Incluso en una democracia de larga tradición como India, la trayectoria política del nacionalismo hindú ha demostrado que las instituciones democráticas no moderan necesariamente estos instintos: en aquellos lugares donde los nacionalistas hindúes radicales han tenido la combinación adecuada de oportunidades e incentivos, han utilizado la violencia para ganar elecciones, de forma más contundente que en ningún otro lugar en el Estado de Gujarat.

La creencia de que los brotes de religión politizada son desvíos temporales en el camino hacia la secularización era plausible en 1976, en 1986 o incluso en 1996. Hoy día, este argumento es insostenible. Como marco para explicar y predecir el curso de la política global, el secularismo es cada vez menos sólido. Dios está ganando la batalla en la política global. Y la modernización, la democratización y la globalización solamente le han hecho más fuerte.

[¿Algo más?]

Pippa Norris y Ronald Inglehart ofrecen una minuciosa revisión de la religión politizada en ***Sacred and Secular: Religion and Politics Worldwide*** (Cambridge University Press, Nueva York, 2004). Para consultar sondeos, noticias y análisis del impacto de la religión en la vida pública en Estados Unidos y en otros lugares del mundo, visítense las páginas web de Pew Forum on Religion & Public Life (<http://www.pewforum.org/>) y Pew Global Attitudes Project (www.pewglobal.org). El libro de Olivier Roy titulado ***L'islam mondialisé*** (Points, París, 2004) examina las dificultades del islam para definir las líneas divisorias entre la religión y la política. Por otro lado, para profundizar en el papel de la religión en la violencia étnica y las guerras civiles, véase el libro de Monica Duffy Toft titulado ***The Geography of Ethnic Violence: Identity, Interests and the Indivisibility of Territory*** (Princeton University Press, EE UU, 2003) y 'Religion, Civil War and International Order', documento fruto de un debate de la Escuela de Gobierno Kennedy en la Universidad de Harvard (EE UU). Para ampliar información sobre el resurgimiento de la religión en el mundo y su influencia en la esfera política, léanse el artículo de Andrés Ortega 'Dios, armas y ley' (FP Edición Española, diciembre/enero 2005), 'La marea evangélica' (FP EDICIÓN ESPAÑA'OLA , abril/mayo 2006) del sociólogo Paul Freston, y 'Los chiíes' (FP EDICIÓN ESPAÑA'OLA , abril/mayo 2006) de Javier Martín.

Se suponía que la religión iba a desaparecer a medida que se extendieran la globalización y la libertad. Pero en lugar de ello, está experimentando un fuerte auge en todo el mundo y con frecuencia determina los candidatos que ganan las elecciones. Y la intervención divina no ha hecho más que empezar. La democracia está dando voz a los pueblos, que quieren hablar de Dios cada vez más. [Timothy Samuel Shah y Monica Duffy Toft](#)



Después de que Hamás obtuviera una decisiva victoria en las elecciones palestinas de enero, uno de sus partidarios sustituyó la bandera nacional que ondeaba sobre el Parlamento por la enseña verde esmeralda de Hamás, que reza: "No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su Profeta". En Washington, pocos esperaban que este partido religioso accediera al poder en Palestina. "No conozco a nadie a quien esto no cogiera por sorpresa", dijo la secretaria de Estado de EE UU, Condoleezza Rice. Y vinieron más sorpresas. Días después de que se desplegara en Ramala la enseña de Mahoma, miles de musulmanes emprendieron una vigorosa, y a veces violenta, defensa del honor del profeta en ciudades tan lejanas entre sí como Beirut, Yakarta, Londres y Nueva Delhi. Escandalizados por las caricaturas de Mahoma publicadas originalmente en Dinamarca, grupos islámicos, gobiernos e individuos protagonizaron manifestaciones, boicots y ataques a embajadas.

Estos acontecimientos por sí solos parecían ser repentinos accesos de *ira musulmana*. De hecho, eran tan sólo las muestras más recientes de una profunda corriente soterrada que lleva décadas adquiriendo fuerza y que se extiende más allá del mundo musulmán. La política global cada vez está más marcada por lo que podríamos llamar la *política profética*. Las voces que aseguran poseer una autoridad trascendental están llenando los espacios públicos y están ganando enfrentamientos cruciales. Estos movimientos se presentan de formas diversas y emplean herramientas muy variadas. Pero tanto

si el campo de batalla son las elecciones democráticas como si se trata de la más incipiente lucha por la opinión pública global, los grupos religiosos cada día son más competitivos. Una y otra vez, cuando la gente tiene la oportunidad de elegir entre lo sagrado y lo secular, prevalece la fe.

Dios está en racha. Esto se reflejó en la revolución iraní de

1979, en el ascenso de los talibanes en Afganistán, en el renacer chií y en las luchas religiosas en el Irak de la posguerra, y en la victoria de Hamás en Palestina. Pero no ha sido Alá el que ha lanzado todos los rayos. La lucha contra el *apartheid* en Suráfrica en los 80 y comienzos de los 90 se fortaleció gracias a prominentes líderes cristianos como el arzobispo Desmond Tutu. Los nacionalistas hindúes en India dejaron anonadada a la comunidad internacional cuando en 1998 expulsaron del poder al partido en el Gobierno y luego realizaron pruebas con armas nucleares. Los evangélicos de EE UU siguen sorprendiendo al *establishment* de la política exterior estadounidense con su activismo e influencia sobre asuntos como la libertad religiosa, el tráfico sexual, Sudán y el sida en África. Es más, los evangélicos han surgido como una fuerza tan poderosa que en las elecciones presidenciales de Estados Unidos de 2004 la religión fue un factor más fiable de predicción de voto que el sexo, la edad o la clase social.

El periodo en el que la modernización política y económica fue más intensa —en los últimos 30 a 40 años— ha sido testigo de un aumento de la vitalidad religiosa en todo el mundo

La difusión de la democracia, lejos de poner bajo control el poder de los activistas religiosos, probablemente sólo incrementará el alcance de los movimientos políticos proféticos, muchos de los cuales emergerán de procesos electorales más organizados, más populares y más legítimos que antaño, pero es bastante posible que no menos violentos. La democracia está dando voz a los pueblos del mundo, y éstos quieren hablar de Dios.

INTERVENCIÓN DIVINA

No siempre pareció que fuera a ser así. En abril de 1966, una

portada de la revista *Time* preguntaba "¿Dios ha muerto?". La interrogación tenía sentido. A mediados de los 60, el secularismo dominaba la política mundial. La visión compartida por muchas élites intelectuales y políticas era que la modernización acabaría inevitablemente con la vitalidad religiosa. Pero si 1966 fue el cénit de la autoconfianza del secularismo, el año siguiente marcó el comienzo del fin de su hegemonía global. En 1967, el líder secular del nacionalismo árabe, Gamal Abdel Nasser, sufrió una humillante derrota a manos del Ejército israelí. A finales de los 70, el ayatolá Jomeini en Irán, el presidente estadounidense Jimmy Carter —que confesaba "haber nacido de nuevo"—, el evangélico televisivo Jerry Falwell, y el papa Juan Pablo II se paseaban por el escenario mundial. Una década después, los miembros de Solidaridad en Polonia blandiendo rosarios y los *muyahidines* en Afganistán portando Kaláshnikov ayudaron a derrotar al ateo comunismo soviético. Doce años después, 19 secuestradores aéreos gritando "Dios es grande" transformaron la política mundial. Hoy día, el panarabismo secular de Nasser ha dado paso al panislamismo milenario del presidente iraní Mahmud Ahmadineyad, cuyas arengas religiosas contra Estados Unidos e Israel encuentran eco en millones de musulmanes, tanto entre suníes como chiíes. "Estamos viendo cómo cada día más, pueblos de todo el mundo se encaminan en masa hacia un punto: el Dios Todopoderoso", declaró Ahmadineyad en su reciente carta al presidente Bush.



Marea verde: la sorprendente victoria de Hamás en Palestina ha sido el último triunfo del islam político.

El mundo actual ha demostrado ser un lugar acogedor para las creencias religiosas. Sin duda, el planeta es más moderno que antaño: disfruta de mayor

libertad política, más democracia y más educación que quizás en ningún otro momento de la historia. Según Freedom House, el número de países "libres" y "parcialmente libres" aumentó desde 93 en 1975 a 147 en 2005. La Unesco estima que entre 1970 y 2000 la tasa de alfabetización de adultos se duplicó en el África subsahariana, los países árabes y Asia meridional y occidental. La cuota media de habitantes en países en desarrollo que vivían con menos de un dólar al día cayó desde el 28% al 22% entre 1990 y 2002, según cálculos del Banco Mundial.

Si la población es más rica, está mejor educada y disfruta de una mayor libertad política, podría asumirse que también se habrían tornado más laicos. Pero no ha sido así. De hecho, el periodo en el que la modernización económica y política fue más intensa, es decir, en los últimos 30 o 40 años, ha sido testigo de un aumento de la fe en todo el mundo. Las mayores religiones se han expandido a un ritmo que supera el crecimiento de la población global. Considérense las dos fes cristianas, el catolicismo y el protestantismo, y las otras dos mayores religiones, el islam y el hinduismo. Según la Enciclopedia Cristiana Mundial, en 2000 aumentó la proporción de población que se adhirió a estos sistemas religiosos respecto al siglo pasado. A comienzos de 1900, apenas una mayoría de la población mundial —un 50% para ser precisos— eran católicos, protestantes, musulmanes o hindúes. A principios del siglo xxi, casi el 64% pertenecía a estos cuatro grupos religiosos, y la proporción podría estar próxima al 70% para 2025. La Encuesta Mundial de Valores, que cubre el 85% de la población global, confirma el creciente ímpetu de la religión. Según los estudiosos Ronald Inglehart y Pippa Norris, "el mundo en su conjunto tiene en la actualidad más gente que nunca con opiniones religiosas tradicionales, y estas personas constituyen una proporción creciente".

No sólo se está extendiendo la observancia religiosa, sino que los fieles se están volviendo más devotos. Los países más populosos y de crecimiento económico más rápido del mundo, incluyendo Estados Unidos, están siendo testigos de un notable incremento de la religiosidad. En Brasil, China, Nigeria, Rusia, Suráfrica y EE UU, el sentimiento religioso se hizo más vigoroso entre 1990 y

2001. Entre 1987 y 1997, estudios realizados por el Times Mirror Center y el Pew Research Center registraron incrementos del 10% o más en las proporciones de estadounidenses encuestados que "estaban muy de acuerdo" con que Dios existía, que tendrían que responder de sus pecados ante Él, que éste hace milagros, y que la oración era una parte importante de sus vidas diarias. Incluso en Europa, baluarte del secularismo, ha habido sorprendentes aumentos. El regreso de Dios se debe en no poca medida a la expansión global de la libertad. Gracias a la *tercera oleada* de democratización que se produjo entre mediados de los 70 y principios de los 90, así como otras más pequeñas de libertad que han tenido lugar desde entonces, en decenas de países se le ha dado oportunidad a la gente de dar forma a su vida pública de maneras que eran inconcebibles en los 50 y los 60. A medida que ejercían sus nuevas libertades políticas, surgió un patrón. País tras país, grupos con un poder político de nuevo cuño empezaron a desafiar las restricciones impuestas por la primera generación de líderes modernizadores de la posindependencia. A menudo, al igual que en los países comunistas, se habían impuesto corsés seculares mediante la pura coerción; en otros casos, como en la Turquía de Atatürk, la India de Nehru y el Egipto de Nasser, la laicidad retuvo su legitimidad porque las élites lo consideraron esencial para la integración nacional y la modernización, y debido al fuerte carisma de los padres fundadores de estos Estados. En Latinoamérica, los dictadores de derechas, a veces en asociación con la Iglesia católica, impusieron restricciones que limitaron severamente influencias religiosas fundamentales, sobre todo de la *teología de la liberación* y de las sectas protestantes.



Alabar a Dios y legislar:
los evangélicos
han aumentado su influencia
sobre la política estadounidense.

A medida que, a finales de los 90, se liberalizó la política

en países como India, México, Nigeria, Turquía e Indonesia, la influencia de la religión en la vida política aumentó fuertemente. Incluso en Estados Unidos, los evangélicos ejercieron una creciente influencia sobre el Partido Republicano en los 80 y los 90, en parte porque el proceso de elección presidencial dependía más de las primarias populares y menos de las decisiones de los líderes de los partidos tradicionales. Donde los sistemas políticos reflejan los valores del pueblo, normalmente reflejan las fuertes creencias religiosas de éste.

Muchos observadores se apresuran a desdeñar el avance de la religión en la esfera política como el producto de élites que manipulan símbolos sagrados para movilizar a las masas. De hecho, el matrimonio entre fe y política con frecuencia es bien acogido, si no exigido, por gente en todo el mundo. En un estudio de 2002 de Pew sobre Actitudes Globales, el 91% de los nigerianos y el 76% de los bangladesíes encuestados estuvieron de acuerdo con que los líderes religiosos debían involucrarse más en la política. Un estudio sobre seis Estados realizado en junio de 2004 puso de relieve que "la mayoría de los árabes consultados dijeron que querían que el clero jugara un papel más importante en la política". En el mismo documento, mayorías claras o relativas en Marruecos, Arabia Saudí, Jordania y Emiratos Árabes Unidos citaron el islam como su identidad primaria, por encima de la nacionalidad. El colapso de la cuasisecular dictadura baazista en Irak despertó lealtades religiosas y étnicas y ha ayudado al islam a jugar un papel dominante en la vida política del Estado, incluyendo la constitución recientemente adoptada. A medida que los dictadores de izquierdas y derechas han disminuido en Latinoamérica y la democratización se ha enraizado, los evangélicos se han convertido en un influyente bloque a la hora de votar en numerosos países, incluyendo Brasil, Guatemala y Nicaragua.

Los radicales religiosos pueden causar un cortocircuito en la democracia obteniendo el poder y excluyendo a los no creyentes. Es peligroso que la religión politizada pueda provocar un conflicto civil

LAS NUEVAS ORTODOXIAS

Lejos de erradicar la religión, la modernización ha creado una nueva generación de movimientos inteligentes y adeptos a la tecnología,

incluyendo el protestantismo evangélico en Estados Unidos, la *hindutva* en India, el salafismo y el islamismo *wahabí* en Oriente Medio, el pentecostalismo en África y Latinoamérica, y el Opus Dei y el movimiento carismático en la Iglesia católica. La religión más dinámica hoy día no es tanto una "religión de los tiempos antiguos" como radical, moderna y conservadora. El actual surgimiento de la fe es menos un regreso a la ortodoxia religiosa que una explosión de *neo-ortodoxias*.

Un denominador común de estas *neo-ortodoxias* es el despliegue de organizaciones sofisticadas y con capacidad política. Estos organismos modernos coordinan de forma efectiva instituciones especializadas así como las últimas tecnologías para reclutar a nuevos miembros, fortalecer las conexiones con los antiguos, prestar servicios sociales e impulsar sus intereses en la esfera pública. La Vishwa Hindu Parishad, fundada en 1964, preparó el terreno en gran parte de India a través de su activismo religioso y social y puso los cimientos para el éxito electoral del partido Bharatiya Janata en los 90. Grupos similares en el mundo islámico incluyen a los Hermanos Musulmanes en Egipto y Jordania, Hamás en los territorios palestinos, Hezbolá en Líbano y el Nahdlatul Ulama en Indonesia. En Brasil, los pentecostales han organizado su propia camarilla política, y son el 10% de los congresistas. Las comunidades religiosas también están desarrollando unas notables capacidades transnacionales, apelando a gobiernos extranjeros y a organismos internacionales que consideran simpatizantes de su causa.

En la actualidad, las *neo-ortodoxias* pueden emplear de forma efectiva las herramientas del mundo moderno, pero ¿hasta qué punto son compatibles con la democracia actual? Después de todo, los radicales religiosos pueden causar un cortocircuito rápidamente en el sistema democrático obteniendo el poder y excluyendo después a los no creyentes. También es peligroso que la religión politizada pueda provocar un conflicto civil. Desde 2000, el 43% de las guerras civiles han sido religiosas (sólo un cuarto fueron inspiradas por la religión entre los 40 y los 50). La ideología religiosa extremista es, por supuesto, una motivación de primer orden en la mayoría de los ataques terroristas transnacionales.

No obstante, el balance no es totalmente negativo. La religión ha movilizado a millones de personas para que se opusieran a regímenes autoritarios,

para que inaugurasen transiciones democráticas, para que apoyaran los derechos humanos y para que aliviasen el sufrimiento de los hombres. En el siglo xx, los movimientos religiosos ayudaron a poner fin al Gobierno colonial y a acompañar la llegada de la democracia en Latinoamérica, Europa del Este, el África subsahariana y Asia. La Iglesia católica posterior al Concilio Vaticano II jugó un papel crucial oponiéndose a los regímenes autoritarios y legitimando las aspiraciones democráticas de las masas.

Los movimientos religiosos de hoy día, sin embargo, podrían no tener tanto éxito en la promoción de la libertad sostenible. El carácter altamente centralizado y organizado del catolicismo le convirtió en un eficaz competidor del Estado, y su tradición institucional le ayudó a adaptarse a la política democrática. En cambio, el islamismo y el pentecostalismo no están centralizados bajo un liderazgo o doctrina únicos que pueda responder de forma coherente a los acontecimientos sociales o políticos en proceso de rápido cambio. Las autoridades religiosas locales a menudo sufren la tentación de radicalizarse con el fin de compensar su debilidad frente al Estado o para desafiar a figuras más establecidas. La trayectoria del joven clérigo Múqtada al Sáder en el Irak de la postguerra no es inusual. La falta de una mayor autoridad para las élites religiosas podría explicar por qué la mayoría de las guerras civiles religiosas desde 1940 —34 de 42— han involucrado al islam, siendo 9 de ellas de musulmanes contra musulmanes. No hace falta más que mirar al actual Irak para ver a las autoridades religiosas desafiando con éxito a las fuerzas del secularismo, pero también compitiendo violentamente entre sí. Incluso en una democracia de larga tradición como India, la trayectoria política del nacionalismo hindú ha demostrado que las instituciones democráticas no moderan necesariamente estos instintos: en aquellos lugares donde los nacionalistas hindúes radicales han tenido la combinación adecuada de oportunidades e incentivos, han utilizado la violencia para ganar elecciones, de forma más contundente que en ningún otro lugar en el Estado de Gujarat.

La creencia de que los brotes de religión politizada son desvíos temporales en el camino hacia la secularización era plausible en 1976, en 1986 o incluso en 1996. Hoy día, este argumento es insostenible. Como marco para explicar y predecir el curso de la política global,

el secularismo es cada vez menos sólido. Dios está ganando la batalla en la política global. Y la modernización, la democratización y la globalización solamente le han hecho más fuerte.

¿Algo más?

Pippa Norris y Ronald Inglehart ofrecen una minuciosa revisión de la religión politizada en ***Sacred and Secular: Religion and Politics Worldwide*** (Cambridge University Press, Nueva York, 2004). Para consultar sondeos, noticias y análisis del impacto de la religión en la vida pública en Estados Unidos y en otros lugares del mundo, visítense las páginas web de Pew Forum on Religion & Public Life (<http://www.pewforum.org/>) y Pew Global Attitudes Project (www.pewglobal.org). El libro de Olivier Roy titulado ***L'islam mondialisé*** (Points, París, 2004) examina las dificultades del islam para definir las líneas divisorias entre la religión y la política. Por otro lado, para profundizar en el papel de la religión en la violencia étnica y las guerras civiles, véase el libro de Monica Duffy Toft titulado ***The Geography of Ethnic Violence: Identity, Interests and the Indivisibility of Territory*** (Princeton University Press, EE UU, 2003) y 'Religion, Civil War and International Order', documento fruto de un debate de la Escuela de Gobierno Kennedy en la Universidad de Harvard (EE UU). Para ampliar información sobre el resurgimiento de la religión en el mundo y su influencia en la esfera política, léanse el artículo de Andrés Ortega 'Dios, armas y ley' (FP Edición Española, diciembre/enero 2005), 'La marea evangélica' (FP EDICIÓN ESPAÑOLA , abril/mayo 2006) del sociólogo Paul Freston, y 'Los chiíes' (FP EDICIÓN ESPAÑOLA , abril/mayo 2006) de Javier Martín.

Timothy Samuel Shah es investigador del área de religión y asuntos internacionales del Foro Pew sobre Religión y Vida Pública. Monica Duffy Toft es profesora de políticas públicas en la Escuela de Gobierno John F. Kennedy y directora adjunta del Instituto de Estudios Estratégicos John M. Olin de la Universidad de Harvard (EE UU).

Fecha de creación

7 abril, 2008